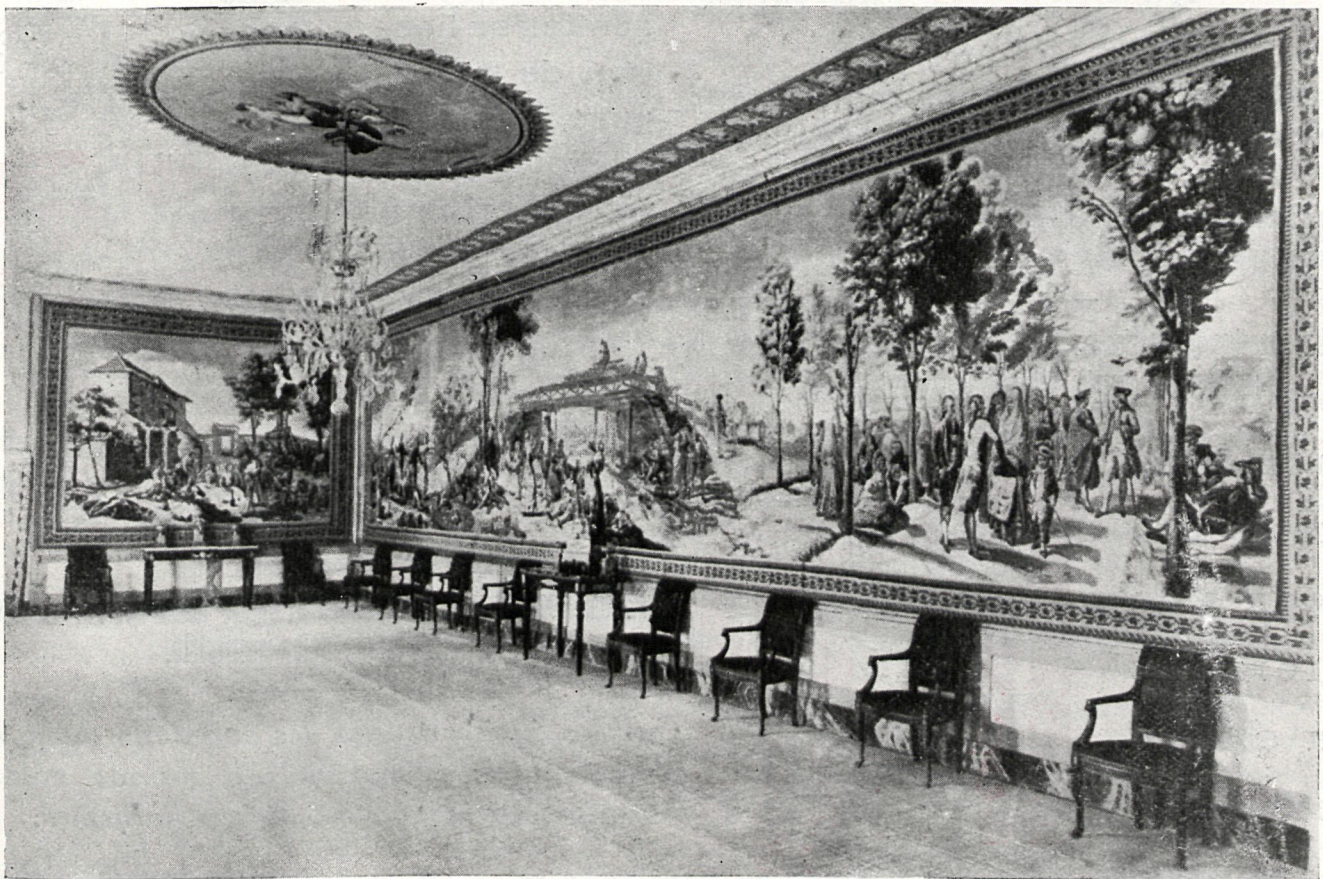


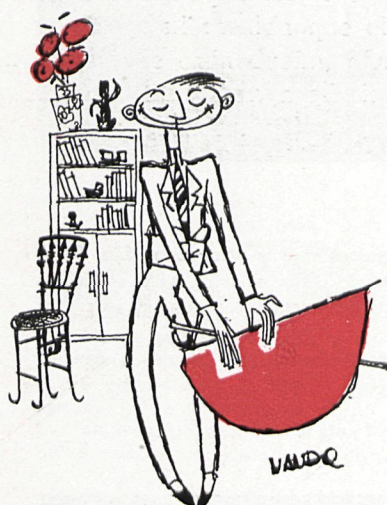


El misticismo y austeridad de la Casa de Austria alzó esta joya escurialense: Templo, sepulcro real y seminario. Los Borbones respetaron este ambiente de intensa espiritualidad, pero, hijos de otra época y habitantes de otros paisajes, vieron que la aurora de sus ideas exigían un marco menos riguroso. Y así, las habitaciones que para su uso acondicionaron revisten la forma y los colores de un pensamiento más abierto a la rosa de todos los vientos.

¡Qué contraste entre la erimítica celda de Felipe II y las habitaciones del Palacio de los Borbones, con relojes y candelabros estilo Luis XIV, mesas de mármol y ricos tapices firmados por Goya y Bayeu!



PENSAMIENTOS FAMOSOS QUE NO SE HAN HECHO FAMOSOS TODAVÍA

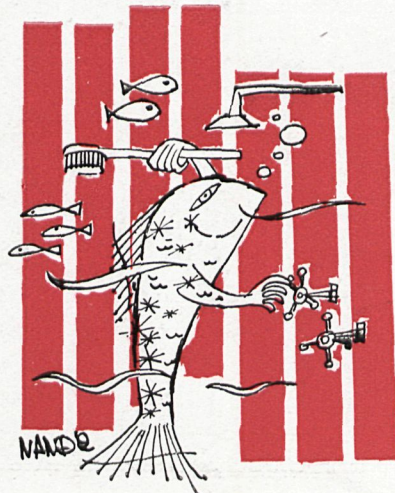


Buena prueba de la crudeza de la realidad es que sólo podemos digerirla con el guiso de la ilusión.

Sentar bases firmes tras el estudio de las mujeres es tan absurdo como querer dominar a la ruleta por medio de cálculos.

Las obras maestras gustan siempre. Prueba de que el amor no lo es; es que sólo resulta verdaderamente interesante la noche del estreno.

Un multimillonario que juega a la lotería es tan absurdo como un pez que se bañe.



Los toreros de salón son los únicos diestros que cortan siempre las dos orejas.

En la comedia del matrimonio hay un mutis que se aplaude infaliblemente: el de la esposa durante los meses de veraneo.



Los matrimonios prolíficos y los banqueros de naipes se defienden con los puntos.

Hay ciudadanos tan ingenuos que se suponen artistas por el hecho de dejarse melena, usar chalina y chupar despiadadamente de una pipa.

La franqueza y la grosería caminan siempre tan cerca la una de la otra que por fuerza han de tropezarse algunas veces.

Encendemos la mayor parte de nuestros pensamientos en las bujías del recuerdo.

El beso sólo es una chispa, pero ¿de dónde suelen arrancar la mayoría de los incendios?

Cuando las sirenas se habían de perseguir marinos se alquilan una islita para dedicarse al "dolce far niente."



El espejo es el único amigo que nos dice siempre la verdad. Pero, amigo al cabo, lisonjea a nuestra amada y es muy capaz de llegar a quitárnosla.

Muchas veces guardamos fidelidad al objeto amado porque no encontramos con quien sustituirlo.

A los jurisconsultos les sucede lo que a las menegildas: tienen más o menos crédito según la bondad de sus informes.

José de CORDOVA

FELIPE II, LAS ARTES Y SU PROYECCION EN EL ESCORIAL



EL GRECO
San Ignacio y la Legión
Tebea.

Estas fueron las consignas de Felipe II a los artífices del Monasterio: «Sencillez en la forma, serenidad en el conjunto, nobleza sin arrogancia, majestad sin ostentación».

AL dedicar Juan Pablo Lomazzo a Felipe II su *Idea del Tempio della Pittura* (Milán, 1590), advierte que le mueve a ello la estima y el placer con que la miraba el Rey Prudente entre las demás Artes; y añade que le ofrecía la obra, no sólo en atención a la grandeza y autoridad del Monarca español, sino porque éste alcanzaba tanto de ella que podía argumentar en su favor y razonar su defensa.

Otro tratadista español de las Artes afirmó a su vez que el fundador de El Escorial, ya por los días en que él escribía muerto, había agasajado en modo tal a los artistas y amistado con ellos, especialmente con los pintores, tan cortés y cariñosamente, que no podía menos de ponderarlo con las siguientes expresivas frases: «Pues si comenzara por las honras infinitas que hizo a los profesores destas Artes la magestad del mismo religiosísimo y santo Rey Filipo, y por la mucha humanidad y suavidad con que los trataba, bien se ve que sería meterme en un golfo grande para quedarme ahogado en él».

Junto con la pintura, y pareja con ella, podemos colocar la Arquitectura, y sentar que, en cierto modo, ambas fueron las predilectas del Segundo de los Austrias.

Si quisiera hablar de las aficiones y conocimientos arquitectónicos del Rey Prudente, habría discurso para rato largo; mas como no es ello mi intento en el presente estudio, me limitaré a unas cuantas indicaciones generales, puesto que ya hay bastante escrito acerca del particular.

Bastará señalar que siempre estuvo alerta para lograr que toda nueva

nueva edificación se ajustara a determinado plan, y que procuró también que en las antiguas se conservaran el decoro y la armonía.

Así, al enterarse de que los canónigos de León intentaban hacer obras y trasladar el coro a la nave central de la catedral —hecho tantas veces realizado con pérdida de la amplia visión y simetría del conjunto en varias de España—, dejó en suspenso los trabajos hasta que, estudiado e informado el caso por los de su Consejo, se determinase lo conveniente, rechazando, de antemano, la pensada colocación del coro en la nave central, «lo qual no convenía hazerse, y si la dicha nave se atajaba con el coro, se perdería la buena gracia y ornato que tenía la dicha iglesia».

Lo mismo ordenó en otra ocasión respecto a la catedral de Málaga, enviando un arquitecto para que viera lo que pasaba en ella y luego proceder según lo demandara el informe que éste trajera.

Y dos años antes de morir mandó arreglar, por planos de Herrera, las casas de la plaza del Zocodover, de Toledo, porque a causa de hallarse algunas medio derruidas y haberse empezado a construir sin más normas ni medida que el capricho anárquico e individual de cada dueño, ofrecían desagradable aspecto a cuantos iban a admirar la venerable ciudad y sus antigüedades.

Es preciso confesarlo, aunque para muchos esta cualidad fuera uno de los defectos del Rey Felipe: su espíritu metódico y ordenancista, que no podía tolerar arruga en vestido, mancha en objeto, ni mueble en desorden, trascendió a todos los actos de su vida, y nada más contrario y en pugna con su modo de ser que la independencia selvática sin ley ni regla.

Y pruebas del cariño que a la Arquitectura tuvo, si no nos lo manifestara la muchedumbre de obras que realizó, nos las darían los elogios que le prodigaron los tratadistas de ella, dedicándole sus libros, no por mera áulica adulación, sino por el aprecio que mostró siempre a los arquitectos. El que lo fué excelente, Francisco de Villalpando, le endereza, siendo aún Príncipe, la traducción que acababa de dar a las prensas del *Tercero y Quarto libro de Arquitectura de Sebastián Serlio*. Lo mismo hizo Juan Gracián al imprimir la versión castellana de la *Arquitectura de Vitrubio*, que había dejado inédita Miguel de Urrea; y si Patricio Cajés no le ofreció lo que publicó de Vignola en 1593, bien dejó en ella traslucir el agradecimiento que a Felipe II tenía, al hablarnos con alabanza de sus aficiones arquitectónicas y del cuidado que tuvo de la educación artística del Príncipe, luego Felipe III, a quien dirigió la obra.



L. DE CARVAJAL
Adoración de
los pastores.



L. DE CARVAJAL
Anuncio del Na-
cimiento a los
pastores. (Puerta
de un tríptico).

Y todos saben cómo, al ir camino de Portugal para unirlo a la corona de Castilla, se detuvo varios días en Mérida, acompañado de Herrera, para contemplar y estudiar las antiguas ruinas romanas.

Y si hubiera de entretenerme en relatar los edificios que levantó de nueva planta, sería nunca acabar, porque sin exageración se puede afirmar de él que padeció la obsesión de construir, y le cuadra perfectamente la frase, no exenta de ingenio, de que estuvo enfermo durante toda su vida de «mal de piedra».

Y no vendrá fuera de oportunidad asentar aquí que, en común testimonio, sabía dibujar e idear trazas, y en Madrid conforme a ellas se hizo una iglesia, y que es igualmente cierto, según nos lo enseñan el un tanto candoroso y ponderativo Baltasar Perreño y los embajadores venecianos, que departía con sus arquitectos «como un Sebastián Serlio o un Vitrubio».

Sin embargo, se exagera demasiado, a mi entender, y aun se fantasea, cuando, fundándose en estas palabras, algunos entendidos y peritos, queriendo hallar el causante de los que ellos juzgan defectos de plan y de realización en su obra por excelencia, San Lorenzo el Real de El Escorial, lo encuentran en el Rey Prudente, afirmando, para autorizar su opinión,

que en los dibujos que se conservan del grandioso Monasterio se ven correcciones y enmiendas de mano de su fundador. Puedo asegurar, por mi parte, que he recorrido atenta y cautelosamente dichas trazas y en ninguna he topado con lo que se dice. Claro es que Felipe II alguna vez impondría su criterio; mas, para evitar dudas, será preciso demostrarlo con documentos más terminantes y fehacientes que los que hasta el presente se exhiben y alegan. Recuerdo, sí, haber visto en algunas relaciones, o descripciones de edificios, y aun en dibujos, de mano del mismo Felipe II, o del secretario correspondiente, esta llamada: «Véalo Herrera», indicio seguro del aprecio en que se tenía al arquitecto montañés.

Pero rechazo en absoluto, como no auténticas ni pronunciadas jamás, mientras no se me muestre el documento original donde consten, las advertencias que se ponen en boca de Felipe II al encargar a Herrera la continuación de la fábrica de El Escorial, las cuales, con leves variantes, suenan así: *Sobre todo no olvidéis lo que acabáis de oírme: sencillez en la forma, severidad en el conjunto, nobleza sin arrogancia, majestad sin ostentación. Tened siempre presente que el monumento que queremos erigir a la mayor honra de Dios y gloria de nuestra Santa Ma-*

(Sigue en la pág. 38.)



L. DE CARVAJAL
Las bodas de Caná.
(Puerta de un tríptico.)



L. DE CARVAJAL
La Circuncisión.

"VELASQUILLO"

BUFÓN de FELIPE II en EL ESCORIAL

● EN PREMIO A SUS MUCHOS Y BUENOS SERVICIOS FELIPE II, LE CONCEDIÓ SEÑALADAS MERCEDES AMEN DE ESCUDO DE ARMAS Y HEREDAD.

● MURIÓ EN EL REAL SITIO EN 1574 Y FUE SEPULTADO EN ENTERRAMIENTO PARROQUIAL JUNTO AL ALTAR DE LA MAGDALENA, CONCEDIDO POR EL MONARCA.

NO ha llegado a alcanzar nuestro «Velasquillo», bufón de Felipe II, la triste gloria y el poco amable renombre de Geoffroy, que lo fué de Felipe V «el Largo», de Francia; ni de Seigni Johan, tan decantado por Rabelais en su «Pantagruel», ni de Thony, que celebrara Brantone; ni tampoco de Chicot, inmortalizado por Dumas; ni de Brusquet, famoso bufón de Enrique II, Francisco I y Carlos IX; ni menos de D'Angely, tan célebre, de Luis XIII y Luis XIV; ni menos aún, claro está, de Triboulet, de Luis VII, inmortalizado por Víctor Hugo y popularizado después por Verdi bajo el nombre de «Rigoletto» en su famosa ópera de este nombre.

Bien es verdad que si en España los hubo, no fué planta cortesana que agradase en extremo, si ya no es lo infimo, en lo infimo del agrado; por lo que son contados, afortunadamente, y nada notables ni famosos. Pero los hubo, como se sabe por las crónicas medievales, y desde luego del medioevo acá, por lo que respecta a Carlos I y Felipe II, y no mucho más cercano. Este mencionado «Velasquillo» bien merece que nos ocupemos de él, así por la importancia y notoriedad que llegó a tener como por su actuación cerca de Felipe II en El Escorial a todo lo largo de la primera etapa de la edificación del famoso Monasterio, hasta su muerte —la muerte del bufón—, ocurrida en el mismo Real Sitio en 1574, con gran copia de hechos, efemérides y anécdotas que piden ser exhumados para perenne recordación.

De «Velasquillo» nos da cabal noticia el docto eclesiástico don Lorenzo Niño Azcona, ilustre cervantista, en la obra donde pretende presentar al *Quijote* como sátira contra Felipe II, tomando como blanco de su invectiva a El Escorial, del que quiere que sea espejo el Ingenioso Hidalgo Manchego. Y es este famoso bufón una de las principales afirmaciones en que funda la pretendida sátira en el terreno de los paralelismos, comparaciones, antecedentes, coincidencias, semejanzas, etc., con que el autor propugna su tesis. Tanto y tal, que afirma que aquel descarado y desenvuelto mozo con que Sancho topó en su nocturna ronda en la Insula Barataria, y que se negaba a dormir aquella noche en la cárcel, adonde en virtud de sus facultades como gobernador le mandaba Sancho en castigo al desacato a su autoridad por sus desvergonzadas demasías contraventoras de sus órdenes; este currinche, descomedido y resopón, era trasunto vivo, calcado —en la escena de no querer dormir en el calabozo, pena que se le imponía— del bufón «Velasquillo», del que las crónicas escorialenses cuentan escena semejante, la cual, como el autor, debieron de ser conocidos por Cervantes en las varias veces que Miguel estuvo en El Escorial acompañando al Nuncio Monseñor Acquaviva, después Cardenal del mismo apellido, en cuyo séquito logró entrar Cervantes en calidad de paje, y con el que luego marchó a Italia. Y necesariamente debió de serle conocido, porque era casi inseparable del rey, no sólo en su calidad de bufón, sino de mentor, y muy valioso, pues que prestó a Felipe II muchos y muy importantes servicios en la primera etapa de la construcción del Monasterio; y sabido es que el rey se pasaba en El Escorial, mientras su edificación, desde marzo a noviembre.

Cuentan de «Velasquillo» las escorialenses crónicas que, estando un día Felipe II muy enfadado con él por un serio disgusto que le había ocasionado, lo mandó, en arresto, al calabozo. «Y que duerma allí toda la noche», agregó el monarca. «Eso lo veremos», contestó, insolente, el bufón. «¿Cómo que lo veremos? —repuso el rey montando en cólera—. Ahora mismo. Llévadle al calabozo, encerradle allí, y que allí duerma, como digo, toda la noche.»

Al día siguiente ordenó que le sacaran y le llevasen ante su presencia, donde, luego de echarle una verdadera y justa «lápica», agregó: «¿Has visto cómo has pasado la noche en el calabozo? ¿Has visto cómo la has dormido allí toda entera?» «No he pegado un ojo. He pasado toda la noche en vela. Como yo no quiera, ni el rey me hace dormir», repuso, repentino, con típico cinismo de bufón, «Velasquillo».

Por que se vea la completa, la exacta semejanza entre este pasaje y el de la ronda de Sancho, ocurriendo aquél un cuarto de siglo antes; sin o ello sea cargo alguno contra Cervantes, sino muy al contrario, toda vez que Miguel, con reiteración porfiona, llama a cada paso a su obra, «historia»; oficio y deber de la cual es recoger y transcribir los hechos reales, en lugar de inventarlos, y aducir, en puesto de aquéllos, los ideados por la propia fantasía.

Miguel Antonio o Antona —que de ambas maneras lo traen las crónicas—, «Velasquillo», natural de Quintana Redonda (Soria), pastor de origen, fué tan del agrado del Monarca Prudente, por la agudeza, ingenio y rapidez de sus dichos, ordinariamente graciosos, casi siempre irónicos y muchas veces mordaces, que le tomó a su servicio en calidad de bufón y le distinguió con señaladas mercedes. En efecto, le hizo graciosa donación de una herrén, donde «Velasquillo» se hizo edificar para su vivienda una casa con huerto, cerrando luego toda la heredad con alta tapia de piedra. También le regaló Felipe II un hermoso cuadro de la Magdalena, que «Velasquillo», con la aquiescencia del rey y la consiguiente autorización eclesiástica, colocó en un altar de la parroquia de San Bernabé que se acababa de construir, y junto al cual el Monarca le concedió lugar de enterramiento para cuando muriese; lugar que pasó a ocupar su cadáver en 1574, en que falleció, dejando fundado, en piadosa manda, un aniversario de 24 misas rezadas y dos cantadas, una de las cuales había de celebrarse el día de la Magdalena y la otra el día de San Lucas; dejando igualmente para sostenimiento del piadoso legado el prado de «Navalpotrico», en el camino de Valdemorillo, y el prado también de «La Bardera», en términos de Peralejo.

Felipe II mandó, además, que se pudiese sobre la sepultura una gran lápida con su nombre y que, en puesto del primitivo, valioso, que mandó recoger, se hiciese un cuadro que llenase todo el altar, donde apareciese la Magdalena teniendo a los pies a Miguel de Antona, hincado devotamente de rodillas, humillada la cabeza y apoyándose en una cayada, viniendo a ser trasunto del escudo de armas que Felipe II le concedió, y que consistía en «un vaso de la Magdalena pintado de oro en campo morado; por orlas, campo verde, con dos cayadas en los lados y dos hondas arriba, con una leyenda en semicírculo que decía: *El cayado y honda, mes, mejora de lo que ves*», haciendo todo ello relación a su primitivo oficio de pastor, especialmente la honda y el cayado.

Todo se conservó tal como dicho queda hasta 1936, en que fué destruido por los marxistas el cuadro magdalénico del «Noli me tângere», siendo lástima grande que no se conserve reproducción alguna de este famoso cuadro. Tan sólo existe el de Lucas Jordán, que en la escalera principal del Monasterio pintó a «Velasquillo» bien diferente, en todo y por todo, del que aparecía en el cuadro de la Magdalena en la parroquia de El Escorial, y que era el verdadero retrato del bufón; no así ése de Lucas Jordán, que pintado en el reinado de Carlos II, hacia 1680 —un siglo después de muerto «Velasquillo»—, debió de hacerse por referencias o por vestigios de algún otro existente por algún sitio que se ignora.

Terminamos esta pequeña recensión o esbozo de la figura del bufón «Velasquillo», refiriendo —transcribiendo mejor— la anécdota que en su obra trae el señor Niño Azcona, y que dice así: «Existía en la parroquia de Quintana Redonda un palio que se hizo del manto de la reina, como premio a la fidelidad de «Velasquillo» cuando Felipe II le dijo en cierta ocasión que no entrase nadie en la cámara real, y llegando la reina, no respetando la orden del rey que le daba «Velasquillo», se quedó éste con el manto en sus manos al intentar ella pasar atropellando por él, y el rey premió su fidelidad entregándole dicho manto».

LUCAS GONZÁLEZ HERRERO

